

CUANDO EL SECRETO ES “ESE”
SECRETO. NEGOCIACIONES Y TENSIONES
ENTRE SEXUALIDAD Y RELIGION EN LA
BIOGRAFÍA DE “PANCHO”

Lucas Edgardo Leal

Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba

Resumen: Son muchos los cambios significativos que se han dado en las últimas décadas en relación a la sociabilidad y visibilidad del colectivo LGTBI+ en nuestro país con leyes que lo colocan en la vanguardia legislativa en el reconocimiento de las demandas en torno a los derechos sexuales y la ciudadanía plena de las identidades autopercebidas como no heterosexuales. Este camino de reconocimiento estatal no ha sido acompañado por la jerarquía de la Iglesia católica que continúa, en sus discursos y prácticas, estigmatizando, patologizando y moralizando a las sexualidades autopercebidas como no heterosexuales. Sin embargo, más allá de estos discursos y prácticas opuestos al reconocimiento de sexualidades autopercebidas como no heterosexuales, muchos sujetos autoidentificados como gays viven su dimensión creyente en el contexto institucionalizado de la Iglesia católica. En este trabajo exploro, en fragmentos de una entrevista, las estrategias de visibilidad-invisibilidad y la pertenencia institucional a la Iglesia católica.

Palabras clave: Sexualidad. Religión. Armario.

When the secret is “that” secret. Negotiations and tensions between sexuality and religion in the biography of “Pancho”

Abstract: Over the last few decades, in our country, there have been many significant changes related to the sociability and visibility of the LGTBI+ community, with laws that place it in the legislative vanguard with the recognition of demands regarding sexual rights and full citizenship for identities which are self-perceived as non-heterosexual. This path of state recognition has not been supported by the leadership of the Catholic church, which continues, in its discourses and practices, to stigmatize, pathologize and morally condemn sexualities self-perceived as non-heterosexual. However, beyond these discourses and practices opposed to the recognition of sexualities self-perceived as non-heterosexual, many self-identified gay individuals experience their faith in the institutionalized context of the Catholic church. In this paper I explore, with excerpts from an interview, the strategies of visibility/invisibility and institutional belonging to the Catholic church.

Key words: Sexuality. Religion. Closet.

Introducción

Los movimientos feministas y LGBTI+¹ han puesto a la sexualidad en el centro de los debates sobre identidad, subjetividad y sociedad. Nuestro país, con la sanción de la Ley de Educación Sexual Integral (2006), la Ley de Matrimonio Igualitario (2010) y la Ley de Identidad de Género (2012), se coloca como pionero en América Latina respecto del reconocimiento de las demandas de estos colectivos. Estas leyes registran un giro importante respecto del lugar del Estado frente a la diversidad sexual ya que, décadas atrás, estos modos de vivir la sexualidad y habitar los cuerpos sexuados eran objeto de persecución y sanción estatal. Sin embargo, el reconocimiento estatal de los derechos de sexualidades no heterosexuales no va acompañado por una aceptación social inmediata. De alguna manera, sigue vigente la estigmatización y la violencia hacia los cuerpos y las vidas de sexualidades diversas y/o disidentes.

En este último punto ingresa la religión. Las religiones y las creencias resistieron al pretendido declive que las teorías secularistas habían diagnosticado. La religión sigue teniendo vigencia cultural y social e influye, sosteniendo y legitimando, la heteronormatividad² y el patriarcado como sistemas de dominación (Mallimaci, 2013) (Vaggione, 2010). En este sentido es que pueden leerse muchos de los documentos oficiales de la Iglesia Católica o los discursos del Papa Francisco: la homofobia sigue presente aun cuando algunos optimistas lean en estos mismos discursos aparentes signos de apertura. La oposición que mostró la Iglesia Católica a la sanción de la Ley de matrimonio igualitario sirve como ejemplo para ilustrar esta cuestión: sólo unas pequeñas porciones “no oficiales” de la Iglesia apoyaron las demandas de los movimientos feministas y LGBTI, mientras que la jerarquía eclesiástica continúa estigmatizando y marginando a las sexualidades diversas y disidentes³.

Presento a continuación un trabajo circunscripto en el marco de investigación de mi tesis de doctorado⁴ titulada *¿Lo digo o no lo digo? La salida del armario en varones gays de la Iglesia Católica de Córdoba*. En este proyecto, pretendo explorar y describir sentidos, negociaciones y tensiones respecto de la dáda visibilidad-invisibilidad en varones gays que realizan labores pastorales en la Iglesia católica de Córdoba y las estrategias que permiten su permanencia institucional en términos rituales, comunitarios y doctrinales desde el análisis de entrevistas.

Es en este contexto que accedí a la entrevista a Pancho en el año 2013 que reúne dos condiciones: por un lado, se reconoce creyente y forma parte de una comunidad parroquial y, por otro, dice sentir atracción sexo-afectiva por otros varones. Pancho tiene, al momento de la entrevista, 35 años de edad. Nació en Córdoba Capital y se crió con sus padres y hermanos. Al momento de la entrevista manifiesta que vive solo, reside en Córdoba, no posee estudios superiores, trabaja remunerado y no tiene pareja. Cree en Dios y su religión de crianza es católica. Al momento de la entrevista expresa que es católico, asiste al culto con frecuencia y semanalmente participa de reuniones en su

comunidad parroquial donde se encuentra comprometido desde el ministerio de la música en el que encontró -según sus palabras- “un modo particular de servir a Dios”. Cuenta que su madre y hermana mayor lo estimularon desde niño a participar de la iglesia que estaba frente a su casa. Después de la Confirmación⁵ se integró a la vida pastoral desde la catequesis, grupos juveniles, grupos misioneros y el coro parroquial. Durante el año 2013, al ser entrevistado, se encontraba comprometido en la organización de la ceremonia de beatificación del cura Brochero.

A partir de algunos fragmentos de la entrevista a Pancho exploro las estrategias de visibilidad-invisibilidad desde la pertenencia institucional a la Iglesia católica. Queda pendiente para análisis futuros, aquellas cuestiones relacionadas a la reelaboración/reinterpretación de algunos dogmas y prácticas religiosas desde la propia vivencia de la sexualidad y viceversa.

El “secreto” como experiencia

El armario ilustra una experiencia vital que atraviesa todo sujeto que vive una sexualidad no heterosexual: hay una dimensión de la propia vida que se esconde y oculta. Por eso la expresión “salir del armario” hace referencia al momento en que deja de ocultarse la propia sexualidad desde una declaración pública como acto voluntario, reivindicación política o por alguna otra circunstancia.

El armario funciona como metáfora de ese dilema o disyuntiva central en la vida de cualquier sujeto con una sexualidad no heterosexual que resulta de la dicotomía entre lo público (la heterosexualidad como norma, lo natural, lo conocido, lo deseable) y lo privado (lo no heterosexual, anormal, no natural, desconocido, no deseable). El armario, metáfora del secreto guardado, es símbolo de una sociedad que presupone la heterosexualidad como norma y excluye e invisibiliza otras sexualidades posibles y, al mismo tiempo, funciona como protección y estrategia para pensar la realidad y moverse en ella. De ahí que el armario nombre una experiencia vital del gay.

El armario gay no solamente es una característica de las vidas de las personas gays, sino que para muchas de ellas todavía es la característica fundamental de su vida social. Y hay pocas personas gays, por muy valientes y directas que sean habitualmente y por muy afortunadas en el apoyo de sus comunidades más inmediatas, en cuyas vidas el armario no sea todavía una presencia determinante. (Kosofsky-Sedgwick, 1998: 92).

Sobre esta presencia determinante del armario en la vida de los sujetos el entrevistado advierte:

Estamos limitados por la sociedad, nuestra vida es de una puerta hacia adentro, en tu casa, en donde estés (...) de ahí en más nuestros vínculos sociales se

cierran. No podemos andar en la peatonal besándonos. No podemos andar en la calle o en el colectivo sentados y apoyar el hombro de uno en el otro porque para la sociedad queda mal (...) entonces se hace necesario mantener la reserva hacia uno mismo y hacia los demás.

En la misma línea, algunos autores afirman que la homosexualidad constituye un secreto fundante de la identidad y las relaciones personales de los sujetos homosexuales (Pecheny, 2005). Es que en nuestras sociedades la homosexualidad sigue siendo motivo de estigmatización, exclusión y discriminación. En ese sentido, Pecheny, por ejemplo, dirá que la no-evidencia de la propia identidad sexual ante los demás permite a los sujetos manejar la información acerca de su sexualidad en función de los interlocutores, espacios y momentos entendiendo la simulación como un recurso de “protección”. Para Pecheny, entonces, la gestión y comunicación del secreto en contextos homofóbicos constituye un recurso fundamental del sujeto estigmatizable.

Esto puede verse, en el fragmento de la entrevista a Pancho donde manifiesta que hay algo que no puede mostrar. El armario, “estar dentro de él”, es símbolo de ese secreto fundante de la identidad. Francisco Vidarte verá al armario como una institución de represión, persecución, control, invisibilidad y conminación al silencio impuesto desde fuera y pensado “para borrar a los gays de la sociedad, robarles la palabra y el acceso a la vida pública” (Llamas y Vidarte, 1999: 46-47). Desde esta perspectiva el armario es la expresión de la violencia homofóbica que hace referencia al rechazo explícito a personas o actos que difieren del modelo heterosexual hegemónico y normativo. La homofobia es violencia que incluye maltrato, exclusión, injuria y actos de agresión (List Reyes, 2009). El armario es una estrategia de gestión del secreto y protección en contextos homofóbicos, pero al mismo tiempo una imposición que viene dada porque socialmente se supone la heterosexualidad como la única forma “normal” de habitar la corporalidad. Por esto muchas veces los sujetos sostienen la apariencia de una vida heterosexual desde lo público (la norma deseable) y, al mismo tiempo, una vivencia oculta de su sexualidad no heterosexual (lo anormal no deseable).

En esta línea, Pecheny sostiene, siguiendo a Sullivan, que el modo predominante de interacción social respecto de la homosexualidad conforma un sistema “hipócrito”, que presupone y reproduce un doble estándar de juicio según se trate del espacio privado o del espacio público: se condenan públicamente las prácticas homosexuales, pero se las tolera siempre y cuando ellas tengan lugar fuera de la mirada pública. Dicho de otra manera, la sociedad parece tolerar mejor la sexualidad homosexual practicada en privado que el amor homosexual que se manifiesta públicamente. Esto puede interpretarse, dirá Pecheny, como si los no-homosexuales y los homosexuales hubieran establecido una suerte de pacto implícito en cuanto al estatus de la homosexualidad: la tolerancia social a cambio de la discreción y la invisibilidad.

Mi definición fue cerca del año 2003, ahí dije ¡basta de todo! Me sentía muy deprimido por pensar que yo estaba equivocado. Pensaba que todo lo que hacía estaba mal, que ver a otro chico, mirar a otros chicos con otros sentimientos estaba mal y me auto flagelaba la cabeza pensando que yo estaba mal, que estaba enfermo (...) Recurrí a amigos (...) médicos que me ayudaron mucho (...) una de mis parejas con las que viví, estuve 8 años, era de la iglesia, era músico como yo y nos conocimos en la iglesia y vivía casi mi misma experiencia. Teníamos una mentalidad un poco más bien cerrada porque teníamos que aparentar ante el mundo de que éramos heterosexuales siendo que en nuestra vida privada era vivir juntos, convivir (...) Esa creo que fue la mayor experiencia fuerte entre la iglesia y mi vida con mi identidad (...). Él era mi compañero de música y bueno nos enamorarnos. Yo era muy chico y me costó trata de armar una pareja con él. Puedo llegar a decir que, en ese momento cuando yo salía con él, estaba saliendo a la par con una chica porque quería aparentar, ocultar (...).

Siguiendo a Pecheny es posible afirmar que hay una experiencia común en los sujetos que viven una sexualidad no heterosexual que se ilustra con la palabra armario: “la de haber nacido en sociedades hostiles a la homosexualidad (calificadas de “homofóbicas”) que los obligan a permanecer -en mayor o menor medida, por más o menos tiempo- ocultos en “el placard” en cuanto a su vida sexual y amorosa.” (Pecheny, 2005: 136).

A partir de esta entrevista y los planteos de los autores citados, una pregunta importante es: ¿quién tiene el control del secreto? ¿los sujetos? ¿la sociedad? En esta línea, Poljski en un trabajo con entrevistas a mujeres lesbianas migrantes plantea una ruptura con la idea de “salida del armario” ya que propone pensarlo como una estrategia para sobrevivir en lugares donde socialmente (como las sociedades asiáticas de las que habla la autora) la homofobia está legitimada desde el estado. Muchas de las mujeres entrevistadas por esta autora viven en contextos en el que, por ejemplo, las torturan, violan o matan por ser lesbianas o, si tienen hijos, pueden quitárselos. Si ellas “salen del armario” se les niega el acceso al mundo del trabajo, a la salud, a la vivienda y son abandonadas por sus familias. Por eso la autora, indica que “invitar personas dentro de tu espacio” y “encontrar un lugar al que llames hogar” pueden ser estrategias para sobrevivir. Este posicionamiento Poljski cuestiona de alguna manera la idea occidental y primermundista de armario, en donde la “salida del armario” puede ser otro mecanismo de privilegio al que muchas personas, en contextos donde la defensa de los derechos humanos y la diversidad sexual no son reconocidos, no pueden acceder, aunque quisieran. Por eso, en los casos que trabaja la autora, la gente tiene que reconocer alternativas y mecanismos que les permitan seguir viviendo la vida con las personas que aman y con aquellas personas que los aceptan (Poljski, 2011). Sobre este planteo volveremos más adelante.

Cuando a “ese” secreto “Dios” no lo quiere

En palabras de Kosofsky Sedwigck, decíamos que el armario es una experiencia vital de cualquier sujeto que experimenta una sexualidad no heterosexual. Afirmábamos, en la misma línea con Pecheny, que la homosexualidad constituye un secreto fundante de la identidad de los sujetos homosexuales de sus relaciones interpersonales. En ambos planteos se conjuga la cuestión de lo público y lo privado, la homofobia social y la gestión del secreto.

Otra pregunta interesante para realizar es ¿qué ocurre con la subjetividad creyente cuando toma conciencia de que “ese secreto” tampoco es querido por Dios? Si bien circulan distintas teologías respecto de la comprensión de la homosexualidad en la misma Iglesia católica, sabemos que las enseñanzas de la jerarquía no suponen una mirada de simpatía frente a la diversidad sexual. Todo lo contrario, éstas devienen, muchas veces, en prácticas pastorales concretas. “Dios no quiere ese secreto” porque estas enseñanzas tienen, implícita o explícitamente, carácter vinculante para el sujeto creyente. Funcionan como la legitimación religiosa que pone al armario una doble carga de violencia con todo lo que ello supone: Dios, y no sólo la sociedad, te quieren heterosexual.

En el fragmento anteriormente citado de la entrevista a Pancho él habla de una relación de pareja de casi 8 años. Conoció a su compañero en la iglesia y compartía los mismos ideales religiosos. Pero vivía con mucha culpa esta relación. El entrevistado expresa que la religión no posibilitó en él una vivencia positiva de su sexualidad:

Fue muy feo porque sabía lo que la Iglesia pensaba de la homosexualidad. En ciertos párrafos del catecismo católico se nos marca que somos seres enfermos, depravados, desviados y una aberración de la vida. Palabras tan fuertes (...) Está escrito en un libro en el catecismo católico. Lo sé porque cuando yo vivía dentro de la Iglesia quería intentar hacer el celibato. Me hacían leer algunas lecturas como para darme con un caño, como diciendo date cuenta que vos acá no entrás. Me costó mucho ver que mi sexualidad encajara dentro de lo católico, dentro de la Iglesia, dentro de la vida religiosa. A veces, llegué a sentirme mal o culpable cuando intimaba con mi pareja, que estaba haciendo algo malo y al otro día tener que ir a misa, por ejemplo. A veces ni siquiera comulgaba o me daba miedo confesarme porque tenía que contar verdades (...) [Pues] decirle a un cura -que es el representante de una Iglesia- un montón de cosas, me daba miedo y pánico. En ese tiempo deje de ir mucho a la iglesia hasta poder elaborar este proceso para saber cómo encajo, en dónde entro, cómo puedo llegar a pisar.

Aquí hay, un discurso homofóbico con legitimidad divina que posiciona al sujeto en una visión patologizante de su sexualidad, experimentándose en “falta” ante ese Dios en el que cree. Y hablo de “legitimidad divina” en tanto es un discurso que se sustenta en las Sagradas Escrituras y/o en el Magisterio de la Iglesia que tienen para el sujeto creyente una autoridad vinculante.

Como es posible advertir, la gestión de la información acerca de la sexualidad supone un proceso que implica, en primer lugar, la decisión de “nombrar/se” desde una sexualidad no heterosexual. Este proceso, además, parece presentar otras dificultades

cuando la heterosexualidad obligatoria tiene la forma de un mandato religioso. Pancho, por ejemplo, relata que vivió con depresión y hasta tuvo pensamientos suicidas al sentir que su deseo no coincidía con “los planes de Dios”, pues, al hablarlo con un sacerdote, éste lo estigmatizó y de esta manera fortaleció una visión patologizante de su deseo.

Tuve una experiencia en la Iglesia un poquito traumática, me cerraron un poco las puertas por causa de ser gay. Cuando yo me confesé para poder llegar a tratar de hacer un postulante⁶, (...) -quería llegar a ser sacerdote o un hermano- se me cerraron las puertas al confesar mi verdadera identidad. El cura formador que tuve no se convenció de mi vida, entonces era como flagelarme todos los días. Tenía lecturas para leer, el mismo catecismo de la Iglesia católica dice aberraciones sobre nosotros. La Iglesia es una comunidad muy cerrada para el homosexual. (...) en un principio me cuestioné el estar dentro de la iglesia y estar viviendo mi vida. (...) Me encerré. (...) Empecé a tirarme para adentro y caí, caí en picada mal. Después de ese intento de suicidio vinieron muchos más. (...) Lamentablemente he tenido que vivir mintiendo y sabemos que dentro de los mandamientos mentir no es correcto pero mi vida adentro de la Iglesia. Tampoco hubiera podido haber seguido. Decidí mantener una identidad cerrada y seguir trabajando para la Iglesia. De esa forma, pude mantener mi relación de vida separada a la de la Iglesia.

Es posible afirmar que aquí funciona el sistema hipócrita del que hablaba Pecheny donde se tolera lo privado mientras se condena lo público. Quizá, dirá este autor, “la dificultad mayor que se plantea en una sociedad homofóbica no sea la dimensión puramente sexual de la identidad homosexual, sino su expresión pública como afecto, amor o compromiso” (Pecheny, 2005: 136). Por los datos aportados por el entrevistado, la visibilidad pone en tela de juicio todo un sistema (la heterosexualidad obligatoria) que conmina al silencio y al ocultamiento de otros deseos que no se ajustan a esta norma social. Y en este caso, además, tampoco se ajustan a una norma cuya legitimidad viene dada por el mismo Dios (fundamentada en la Biblia o en las tradiciones religiosas).

La puesta en tela de juicio de la heterosexualidad obligatoria muestra un síntoma de las iglesias que advierte la teóloga Nancy Bedford. Cuando en las iglesias se habla de la comunidad LGTBI+ suele hablarse “en abstracto”, como si se tratara de gente que “está allá afuera”. Hablar del movimiento LGTBI+, dirá Bedford, es hablar de muchos creyentes que están “aquí” y, por lo tanto, hablar del tema no es hablar de algo que “les pase” a otros. “(...) Seamos o no heterosexuales, cuando hablamos de estos temas estamos hablando de nuestra común experiencia de humanidad forjada en la corporalidad y la materialidad de la buena creación de Dios; nunca podemos hablar de ‘esa gente’ como si su realidad nos fuera ajena” (Bedford, 2013: 166-167).

Un secreto que no es tan secreto

Ya cuestionábamos, más arriba, al armario desde la díada dentro/fuera. Pensar la “salida del armario” como un acto discursivo por medio del cual el sujeto se destapa y declara públicamente su sexualidad de una vez y para siempre, parece cuestionable, ya que, según Kosofsky Sedwigck, nunca un sujeto está totalmente dentro o totalmente fuera del armario. El armario, dirá la autora, también guarda “silencios” que, lejos de ser ignorancia, son un modo de tramitar el conocimiento/desconocimiento acerca de la sexualidad.

El hecho de permanecer en el armario es en sí mismo un comportamiento que se ha iniciado como tal por el acto discursivo del silencio, no un silencio concreto, sino un silencio que va adquiriendo su particularidad, a trancas y a barrancas, en relación con el discurso que lo envuelve y lo constituye de forma diferencial. Los actos discursivos que puede comprender, a su vez, la salida del armario, son tan extrañamente específicos como los anteriores y puede que no tengan nada que ver con la obtención de una nueva información. (...) el hecho de que el silencio sea tan intencionado y transformativo como el discurso, en las relaciones en torno del armario, depende de que la ignorancia sea tan poderosa y múltiple como el conocimiento. (Kosofsky-Sedgwick, 1998: 14-15).

Lo que sugiere la autora es que pensar la salida del armario simplemente como un “decir” algo acerca de la propia sexualidad deja de lado otros elementos importantes. Existen secretos, silencios, sospechas, informaciones que circulan acerca de la propia sexualidad que también forman parte del armario. De ahí que una característica del armario es su transparencia que suscita la sospecha o el secreto a voces. Ningún sujeto tiene certeza de cuánta información acerca de su sexualidad poseen los interlocutores con los que interactúa. Salir del armario, por lo tanto, significa muchas veces la cristalización de una información que ya circulaba.

Pancho expresa este planteo de Kosofsky Sedwigck desde su propia experiencia y la de otros gays y lesbianas que él mismo conoció dentro de su comunidad parroquial. Siente que sólo fuera de la Iglesia puede ser él mismo porque “las paredes oyen”. Pancho, en este caso, “supone” que muchos miembros de la comunidad a los que él nunca les dijo nada respecto de su deseo, conocen su orientación sexual, incluidos los sacerdotes de la misma.

(...) mi compañera catequista es lesbiana. Nos llevamos muy bien, nosotros siempre decimos que hacemos la pareja perfecta (risas) no nos vamos a pelear ni por la mujer ni por el hombre del otro (risas). Me llevo muy bien, es mi amiga. Ella me contó su experiencia de la misma forma que yo, dando vueltas (...) En nuestras casas somos nosotros, eso seguro, o fuera del ambiente de la parroquia o fuera de algún grupo que estemos dentro de la parroquia, somos nosotros, somos libres, podemos hablar de todos nuestros temas, de decir: che, estoy con mi pareja, me peleé, estoy bien, pero dentro de la parroquia, sabemos que las paredes oyen. Las paredes oyen.

Otra característica del armario es que cada vez que un sujeto no heterosexual se enfrenta a un interlocutor desconocido se levantan nuevos muros de silencio sobreentendidos y la heterosexualidad obligatoria. Ante un nuevo “público”, el sujeto

tiene que decidir salir del armario o quedarse en él. Como dice Kosofsky Sedgwick:

(...) es notable las pocas personas, incluso entre las más abiertamente gays, que no están deliberadamente en el armario con respecto a alguien que es personal, económica o institucionalmente importante para ellas (...) Cada encuentro con una nueva clase de estudiantes, y no digamos ya con un nuevo jefe, un trabajador social, un prestamista, un arrendador o un médico, levanta nuevos armarios, cuyas tirantes y características leyes ópticas y físicas imponen, al menos sobre las personas gays, nuevos análisis, nuevos cálculos, nuevas dosis y requerimientos de secretismo o destape. (Kosofsky-Sedgwick, 1998: 92).

El entrevistado recuerda, párrafos arriba, que se le cerraron las puertas en la Iglesia al confesar su “verdadera identidad” a un sacerdote al que él llama “mi formador” que lo acompañaba en un proceso vocacional. Esta situación se contradice con la actitud asumida por otro sacerdote al que Pancho también le cuenta acerca de su identidad sexual y que, como informa el entrevistado, lo ayudó a tener una mirada más positiva de su propia identidad sexual:

Mi formador no me quiso escuchar mucho y fue el que me tiró un poco para atrás, pero otro sacerdote que estaba a la par de él, con mente abierta, entendía mi situación y entendía que yo no estaba viviendo un mundo muy feliz. Digamos que, por el tema del tapujo, del tabú del momento por no poder hablar de esto: esto no se habla, esto no se dice... Entonces me ayudó mucho a llevar mi vida adelante. Él fue el puntapié de esto de unir la identidad de género con la Iglesia. A pesar de que sabía que estaba yendo contra las reglas de la Iglesia católica, fue por el lado más humano, principalmente por el hombre que somos y me ayudó mucho a salir adelante, en el sentido de decir “Dios está en tu vida, Dios te ama, Dios te hizo y sabe cuál es la vida que vos llevás y no necesariamente estás llevando una mala vida si seguís dando tu vida por él. A pesar de que tu mentalidad es... que un chico tiene que salir con vos porque te gustan los hombres, pero...” Siempre me había puesto “peros”. Aunque me decía: “Olvidáte de los peros y sé feliz de una vez por todas, es tu vida, para poder hacer feliz a los demás”.

Otra característica del armario es que una vez que el sujeto revela su identidad sexual, muchas veces, los familiares, los amigos o las personas cercanas suelen pedir – explícita o implícitamente- que el secreto no sea revelado hacia la comunidad de pertenencia u otras personas cercanas. Es que “los otros” a quienes el sujeto revela su sexualidad tienen que cargar, ahora también, con ese armario. Esto es, según Kosofsky Sedgwick, porque la salida del armario no afecta sólo al sujeto que sale sino también a su entorno cercano que tiene que tomar una decisión ante la información recibida. Los dos sacerdotes a los que Pancho confiesa su identidad sexual deben, ahora, “cargar” con su armario ante la comunidad parroquial, la Congregación, la Iglesia. ¿Cómo “responsabilizarse”, entonces, como sacerdotes ante la confesión de los deseos sexuales de Pancho en vistas a su deseo de ser sacerdote? ¿Qué decir ante la pregunta de otros

acerca de la identidad sexual de Pancho? Tanto las reacciones contrapuestas de un sacerdote como la del otro reflejan formas de cargar con el armario de Pancho. Quizá, puede afirmarse, que la permanencia institucional a la Iglesia Católica parece admitir el “secreto a voces” y/o la sospecha con menos reparos que la visibilización explícita.

En relación con la familia, Pancho lo habló explícitamente con sus hermanos y sobrinos; y ellos, que no tienen una experiencia religiosa practicante fuerte, lo asumieron con serenidad. Con sus padres aún no siente la necesidad de explicitarlo.

En mi familia lo saben: mi hermana, mis dos hermanas mayores algunos sobrinos, casi la mayoría. Mi madre y mi padre no, todavía hay... No sé. Hay algo que me impide a mí decírselos, pero ya tengo por bien sentado en mi cabeza que mi mamá sí lo sabe y que está esperando ese momento que yo me siente con ella y que le diga: “Pá, má soy esto”. Pero mi vida la llevo bastante bien así. Mis amigos fueron muy selectos, yo he ido seleccionando de a poco: “A este sí, a este no. A este sí, a este no”. Y hoy en día, puedo decir que casi el 80% de mis amistades conocen mi identidad de género⁷, nunca me hicieron a un lado; salvo dos o tres que uno a veces... Son contados con las manos. Algunos que no aceptan aún el tema de ver un hombre con otro hombre o a una mujer con otra mujer son de mente muy cerrada. Entonces prefiero mantener el anonimato o seguir con una vida normal. Ellos piensan que están con una persona hétero a su lado. Pues, mi forma de ser es bastante masculina así que por ende no tengo amaneramiento. Ni siquiera en la voz, ni modismos, entonces eso también confunde mucho. No hace que sea una persona muy... a la vista de decir “esa persona es gay”. Entonces eso también me juega a mi favor, pero mi identidad, la que yo siento y la que yo llevo, es ser gay y me gustan los hombres. Y aunque ahora en la actualidad no esté en pareja sigo viviendo mi vida de una forma bastante abierta.

Sin embargo, Pancho plantea que la visibilidad es dificultosa, no sólo en los ambientes eclesiales, sino también en ámbitos no religiosos:

Tuve muchos lugares de trabajo, no había forma de ser abierto. Entonces sí o sí, dentro de mi ambiente laboral, tenía que ser lo más discreto posible y en lo posible no ser gay o dar una expectativa que lo fuera. A pesar que conocí en el grupo de mi trabajo dos o tres que sí lo eran, pero también tuvieron sus complicaciones. Al enterarme de algunas cosas que habían estado viviendo esos chicos dije prefiero que me vean como hétero. (...) Preferí mantener mi identidad oculta y mantenerme tranquilo.

Kosofsky Sedgwick advierte sobre el carácter social y macroscópico de la “presunta” ocultación del armario. Desde su perspectiva, visibilidad y armario son caras de la misma moneda y constituyen una carga opresiva instalada en las miradas que eligen ver o no ver y no tanto en la decisión más o menos explícita de hacerse visible (Gonorazky y Marzano 2013)

En la línea del conocimiento o no del secreto, Pecheny habla de tres mundos que se entrecruzan y están definidos por su posicionamiento respecto del conocimiento de la orientación sexual: el de los que no saben nada, el de los que están al corriente y

el de los pares del mundo homosexual. Estos mundos, dirá Pecheny, se cruzan entre sí y atraviesan distintos niveles que van desde lo privado-íntimo a lo más público-político. Este autor sostiene que el hecho de que exista un vasto mundo de relaciones personales formados por el mundo de “los que no saben nada” de la vida sexual y afectiva de personas se explica por la estigmatización y discriminación que puede ser ejercida directa o indirectamente, de modo real o sentido. Muchas veces es la discriminación anticipada la que impide que se revele la propia sexualidad a personas cercanas por temor al rechazo y a la no aceptación. Por esto no es corriente que la familia forme parte de este mundo. En el mundo de “los que lo saben” ingresan muchas veces familiares y amigos que, posiblemente también, vivan una sexualidad no heterosexual. En lo laboral y profesional, en general, existe la discreción. Finalmente, el mundo de los pares homosexuales, es para este autor, ese mundo con códigos propios que expresa un modo concreto de vivir la sexualidad (Pecheny, 2005: 139-145). Desde esta perspectiva de tres mundos que se cruzan también es posible leer las relaciones interpersonales de Pancho.

En esta línea es posible retomar los planteos de Poljski donde la idea de “invitar a otros a casa” o “encontrar un lugar al que llames hogar” supone dos mecanismos donde la persona, y no la sociedad, están en control de la información. Dice una de sus entrevistadas:

invitar a las personas dentro reposiciona el pensamiento. Es acerca de sentirse bien como tú eres, con lo que haces y cómo te identificas y cómo tú quieres realmente dejar a la gente entrar en tu mundo. Volver a casa –es acerca de encontrar un lugar donde tú puedes ser tu mismo y sentirte como habiendo regresado a casa- es un lugar donde te sientes comfortable, seguro y feliz (Poljski, 2011: 15).

Pancho se siente amado por Dios y cree firmemente que Dios “lo hizo así”, que “Dios quiere que sea feliz” y que “entregue su vida a los demás”. Aprendió a aceptarse a sí mismo. Por eso descubre que su pertenencia a la parroquia en la cual trabaja y al ministerio de música con el que sirve a Dios es algo fundamental en su vida y aunque esto le implique un armario cerrado o como él mismo lo dice una identidad oculta, “se siente feliz”, “cerca de Dios” y “sirviendo en su comunidad”. Frente a la pregunta de lo que espera del Papa Francisco y la Iglesia responde:

(...) con respecto al Papa él ya hizo su parte cuando dijo que no nos condenaba. Espero que la Iglesia sea igual con lo que piensa nuestro Sumo Pontífice y que vea que a pesar de tener gustos diferentes, a lo que la mayoría de la feligresía tiene, somos personas que también lo entregamos todo por la obra de Dios.

Conclusiones

En este breve recorrido, desde la biografía de Pancho, explicité algunos sentidos en torno a la vivencia de una sexualidad no heterosexual permeada por la experiencia creyente. Me interesa mostrar qué dice este sujeto sobre sí mismo y su salida del armario desde su pertenencia a la Iglesia católica, y describir las estrategias de visibilización o invisibilización.

Como primera conclusión, se infiere la importancia del lugar que ocupa la dimensión religiosa en la vida de los sujetos, en la configuración de su identidad y, por supuesto, en la vivencia de su sexualidad.

Una segunda conclusión es que parece viable la vivencia de una sexualidad no heterosexual y la práctica religiosa dentro de la Iglesia católica. Sin embargo, en algún punto, esta pertenencia resulta conflictiva porque la heterosexualidad obligatoria adquiere además la forma de un mandato religioso. Pancho expresa que en algunas etapas de su vida sintió que su modo de habitar la sexualidad no era el que Dios quería porque no se ajustaba a la heterosexualidad normativa.

En relación con lo anterior y como tercera conclusión, la Iglesia católica aparentemente parece poder tolerar la sospecha y el secreto a voces, pero se muestra reticente ante la visibilidad que de alguna manera desafía la doctrina y la moral de la Iglesia. Resulta complicado explicitar el propio deseo y aún más visibilizarlo. “No lo digas” parece ser un mandato explícito y, a veces, implícito. Esto visibiliza el sistema hipócrita que divide lo público y lo privado.

Una cuarta conclusión es que este discurso de rechazo a la homosexualidad con cierta “legitimidad divina” posiciona al sujeto en una visión patologizante de su sexualidad experimentándose en “falta” ante esa divinidad en la que cree. La norma social a la que él no se ajusta (heterosexualidad obligatoria) tiene la fuerza de un mandato religioso. De ahí que Pancho haya sentido en alguna etapa de su vida que no vivía de acuerdo a lo que Dios quería y eso, según lo narrado, lo llevó a tener pensamientos suicidas.

Un último punto para destacar es la misma concepción de armario. Por un lado, es posible pensar al armario como una imposición social por la estigmatización que supone la vivencia de una sexualidad no heterosexual. Pero, además, pensar el armario desde la transparencia y la flexibilidad ayuda a entenderlo como estrategia para desenvolverse en la realidad y como un modo que el sujeto elige gestionar y comunicar la información. Por otro lado, y desde esta concepción, pensar el armario no sólo cargado por el sujeto que vive una sexualidad no heterosexual sino, también, por el entorno con el que se visibiliza, posibilita comprender la dimensión macrosocial del armario y la dinámica entre querer ver y no querer ver, cargar o no cargar.

Quizá sean más las preguntas que las respuestas. Cerrando este artículo se abren interrogantes que posibilitan profundizar la investigación: ¿Quién decide, finalmente, el “adentro” o “afuera” del armario? ¿Los sujetos? ¿Los contextos? ¿Por qué el sujeto se visibiliza en ciertos contextos y no en otros? ¿Qué hace que algunos decidan “sacar”

a los sujetos del armario o hacerlos “permanecer” adentro? ¿Qué sentidos respecto de la sexualidad se construyen desde la experiencia religiosa? ¿Posibilitan estos sentidos la vivencia de una sexualidad diversa y la pertenencia eclesial sin conflictos? ¿Puede el sujeto sentir que maneja y gestiona a su antojo la información?

Cuando en julio de 2013 el Papa Francisco frente a 70 periodistas dijo que “si una persona gay busca al señor y tiene buena voluntad, yo no soy nadie para juzgarlo”, hubo quienes -nuestro entrevistado entre ellos- interpretaron esta intervención con optimismo. Sin embargo, en esa misma declaración el Papa afirma que “el problema es hacer lobby” (Cadena 3, 2013). Recientemente ante el Congreso de los Estados Unidos, en su discurso, el Papa expresó su “preocupación por la familia que se ve amenazada quizá como nunca desde adentro y desde afuera. Las relaciones fundamentales como la base misma del matrimonio y la familia -dijo- están siendo cuestionadas” (ACI prensa, 2015). Posteriormente, en su discurso ante la ONU hizo alusión a aquellos que buscan “promover una colonización ideológica a través de la imposición de modelos y estilos de vida anómalos, extraños a la identidad de los pueblos y, en último término, irresponsables” (La Razón, 2015). Ambas intervenciones hacen clara alusión a las luchas de los movimientos LGBTI+ por el reconocimiento de sus derechos por parte del estado. Ante estos acontecimientos quizá cabe preguntarse: ¿No sigue acaso la lógica homofóbica y patologizante que pretende mantener en el armario a quienes no se circunscriben dentro de los parámetros de la heterosexualidad normativa? Porque parece que el Santo Padre “no es nadie para juzgar a un gay” en tanto y en cuanto él pueda regular y controlar su visibilidad condenando al armario a sujetos que, como Pancho, desean vivir su sexualidad y su fe en el contexto institucionalizado de la Iglesia católica.

Referencias bibliográficas

AGENCIA CATÓLICA DE INFORMACIONES. Texto y Video: El histórico discurso del Papa Francisco en el Congreso de Estados Unidos. ACI Prensa diario digital, 24 sept. 2015. Disponible el: <https://www.aciprensa.com/noticias/el-papa-francisco-da-discurso-al-congreso-de-estados-unidos-en-el-capitolio-86152/> Acceso el: 30 septiembre 2015.

BEDFORD, Nancy. Sexualidad y género desde una perspectiva teológica. In MATTION, Eduardo; RIBA, Lucía, *Cuerpos, historicidad y religión. Reflexiones para una cultura postsecular*, Córdoba: EDUCC, 2013.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA. *Sobre los proyectos de ley de matrimonio homosexual*. Buenos Aires: AICA, 2009,

_____. *Sobre el bien inalterable del matrimonio y la familia*. Buenos Aires:

AICA, 2010.

CEREZO, Laura. ¿Quién soy yo para criticar a un gay?, Cadena 3, 30 jul. 2013.

Disponible en: <http://www.cadena3.com/contenido/2013/07/30/116796.asp> Acceso el: 20 agosto 2013.

GONORAZKY, Sonia; MARZANO, Verónica. Armario con doble fondo. Revista Soy, 1 feb. 2013. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-2800-2013-02-04.html> Acceso el: 30 sept. 2015.

KOSOFSKY-SEDGWICK, Eve. Epistemología del armario. Barcelona: Tempestad, 1998.

LA RAZÓN. El Papa denuncia ‘colonización de modelos de vida anormales’ en alusión a la homosexualidad. La Razón, diario digital, 25 sept. 2015. Disponible en: http://www.la-razon.com/mundo/Papa-denuncia-colonizacion-anormales-homosexualidad_0_2351164948.html Acceso el: 30 sept. 2015.

LA VOZ. Curas apoyan el matrimonio gay. La voz, diario digital, 5 may. 2010. Disponible en: <http://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/curas-apoyan-el-matrimonio-gay> Acceso el: 19 agos. 2013.

LA VOZ. Ñañez y otros Obispos replicaron a los sacerdotes que apoyan el matrimonio gay. La voz, diario digital, 5 may. 2010. Disponible en: <http://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/nanez-y-otros-obispos-replicaron-los-sacerdotes-que-apoyan-el-matrimonio-gay> Acceso el: 30 sept. 2015.

LIST REYES, Mauricio. Hablo por mi diferencia. De la identidad gay al reconocimiento de lo queer. México: Ediciones EÓN, 2009.

LLAMAS Ricardo; VIDARTE, Francisco. Homografías. Madrid: Espasa Calpe, 1999.

MALLIMACI, Fortunato. Atlas de las creencias religiosas en la Argentina. Buenos Aires: Biblos, 2013.

PECHENY, Mario. Identidades Discretas. In ARFUCH, Leonor. Identidades, sujetos y subjetividades. Buenos Aires: Prometeo, 2005. pp 131-154.

POLJSKI, Carolyn. Coming out, coming home or inviting people in? Supporting same-sex attracted women from immigrant and refugee communities. Melbourne: Multicultural Centre for women's Health, 2011.

VAGGIONE, Juan Marco. Religión y diversidad sexual. Córdoba: CDD, 2010.

Notas

¹ La sigla refiere a Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans e Intersexuales, es decir, identidades no normativas que se apartan de la norma de la heterosexualidad y/o cissexualidad.

² Heteronormatividad (Warner, 1991) y Heterosexualidad obligatoria (Rich, 1980) hacen referencia a los sistemas de poder mediante los cuales se asume, se legitima y se sostiene socioculturalmente a la heterosexualidad como un mandato natural y compulsivo que relega a la marginalidad a expresiones sexuales que no coinciden con dicho modelo. Se impone la heterosexualidad como el único y posible desenlace de un desarrollo biológico natural y como norma espontánea contenida en el cuerpo humano. Como señala Monique Wittig (1980), las sociedades modernas se fundaron sobre una “mente hetero” que ha desarrollado una interpretación totalizadora de la historia y las instituciones concibiendo a la sexualidad heterosexual y reproductiva como natural y universal. De ahí, por ejemplo, que el matrimonio heterosexual aparezca como la única institución reguladora de las relaciones sexo-afectivas.

³ Algunos documentos oficiales del Episcopado Argentino que manifiestan su oposición al matrimonio entre personas del mismo sexo aparecidos en tiempos de debate de la ley son, por ejemplo, *Sobre los proyectos de ley de matrimonio homosexual* (CEA, 2009); *Sobre el bien inalterable del matrimonio y la familia* (CEA, 2010). Sin embargo, en Córdoba existió un apoyo explícito a la sanción de esta Ley por parte de un grupo de sacerdotes (LAVOZ, 2010). El Arzobispo aclaró que la voz de estos sacerdotes no era la voz oficial de la Iglesia. (LAVOZ, 2010).

⁴ Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.

⁵ La Confirmación es uno de los siete sacramentos de la Iglesia Católica que forma parte de los sacramentos de iniciación junto al Bautismo y la Comunión.

⁶ La palabra Postulantado hace referencia la primera etapa de formación para el sacerdocio en una congregación religiosa.

⁷ Si bien el entrevistado dice aquí “identidad de género” es claro que se trata de un error conceptual y se refiere a su orientación sexual.